

Autobiógrafos latinoamericanos, escritores cosmopolitas: el *ethos* textual del exiliado en Reinaldo Arenas y Sergio Pitol

ALEJANDRO MARTÍN GALAY
Universidad Católica Argentina
Magíster en Literatura Comparada
alegalay2@gmail.com

Recibido: 10 de junio de 2025 – Aceptado: 15 de octubre de 2025.
DOI:

Resumen: Las vidas del cubano Reinaldo Arenas y del mexicano Sergio Pitol, representadas literariamente en sus respectivas autobiografías *Antes que anochezca* y *Una autobiografía soterrada*, proyectan dos identidades latinoamericanas de carácter cosmopolita cuya constitución fue determinada por el exilio en grandes ciudades (Nueva York, Moscú, Barcelona, etc.). Las experiencias narradas transcurrieron durante la Guerra Fría, cuando la dicotomía occidental/oriental tenía un peso importante en virtud de configuraciones políticas y culturales de diverso orden. En ese marco, la idea histórica de “ciudad” y la figura del “escritor cosmopolita” operan como un mecanismo que define a los autores en relación con lo que Philippe Lejeune denominó *identidad autobiográfica*, esto es, la puesta en escena de un *yo lírico* propio del género autobiográfico: la constitución de un *ethos* textual. En ambos casos se trata de figuras de escritores que se proyectan más allá de las fronteras de sus países de origen. Así, el objetivo de este trabajo será mostrar cómo esa identidad cosmopolita reflejada en los textos de Arenas y Pitol se corresponde de manera decisiva con las experiencias vitales que los dos autores tuvieron en sus exilios, no obstante las razones divergentes que los suscitaron, en el primer caso, el destierro, en el otro, funciones diplomáticas.

Palabras clave: Reinaldo Arenas; Sergio Pitol; autobiografía; cosmopolitismo; ciudad; exilio.

Latin American Autobiographers, Cosmopolitan Writers: The Textual Ethos of the Exile in Reinaldo Arenas and Sergio Pitol

Abstract: The lives of Cuban Reinaldo Arenas and Mexican Sergio Pitol, represented literarily in their respective autobiographies *Antes que anochezca* and *Una autobiografía soterrada*, project two cosmopolitan Latin American identities whose constitution was determined by exile in large cities (New York, Moscow, Barcelona, etc.). The experiences narrated took place during the Cold War, when the Western/Eastern dichotomy held significant sway due to diverse political and cultural configurations. Within this framework, the historical idea of the “city” and the figure of the “cosmopolitan writer” operate as a mechanism that defines the authors in relation to what Philippe Lejeune called *autobiographical identity*, that is, the staging of a lyrical self characteristic of the autobiographical genre: the constitution of a textual ethos. In both cases, these are writers who project themselves beyond the borders of their countries of origin. Thus,

the objective of this work will be to show how this cosmopolitan identity reflected in the texts of Arenas and Pitol corresponds decisively with the life experiences that both authors had in their exiles, despite the divergent reasons that brought them about: in the first case, exile, in the other, diplomatic functions.

Keywords: Reinaldo Arenas; Sergio Pitol; Autobiography; Cosmopolitanism; City; Exile.

“Nosotros permitimos que nuestra ciudad sea común a todas las gentes y naciones”
Pericles, *Discurso fúnebre en honor a los muertos del Peloponeso en el Cementerio del Cerámico* (Tucídides, 1986: 113)

Introducción

La autobiografía de Reinaldo Arenas (Aguas Claras [Cuba], 16 de julio de 1943-Nueva York [Estados Unidos de América], 7 de diciembre de 1990) *Antes que anochezca* se publicó en el año 1992. El libro es uno de los clásicos del género de las últimas décadas y, a la vez, una de las dos obras póstumas del autor junto a la novela *Viaje a La Habana* (1990). Por su parte, *Una autobiografía soterrada* de Sergio Pitol (Puebla [México], 18 de marzo de 1933-Xalapa [México], 12 de abril de 2018) fue publicada por primera vez en 2010, cuando el autor mexicano aún vivía. Las vidas de Arenas y Pitol representadas literariamente en estas autobiografías proyectan dos identidades latinoamericanas de carácter igualmente cosmopolita cuya constitución fue determinada por el exilio en grandes ciudades (Nueva York, Moscú, Barcelona, etc.) durante la denominada “Guerra Fría” de la segunda mitad del siglo XX, cuando la dicotomía occidental/oriental tenía un peso importante en virtud de configuraciones políticas y culturales de diverso orden. Asimismo, Arenas y Pitol escribieron toda su obra en castellano y casi toda fuera de sus países: fueron escritores hechos en el desarraigo y el nomadismo, como representaciones que se proyectaron más allá de las fronteras de sus tierras de origen. Así, el objetivo de este trabajo será mostrar cómo parte de esa *identidad cosmopolita* reflejada en los textos autorrepresentativos de Arenas y Pitol se corresponde de manera decisiva con las experiencias vitales que los autores tuvieron en sus exilios, no obstante las razones divergentes que los suscitaron, en el primer caso, el destierro, en el otro, las funciones diplomáticas.

Según Philippe Lejeune, el género de la autobiografía se define por ser un “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (1995: 50). En consecuencia, lo relevante del texto se despliega en la edificación del autor-narrador-protagonista. Denominaremos entonces *identidad autobiográfica* a la respuesta articulada ante la pregunta por quién es esa primera persona del singular que surge en la autobiografía literaria, esto es, el yo o el *ethos* del texto. Y este *ethos*, en los libros de Arenas y Pitol, es en parte un yo-lírico cosmopolita, formado en buena medida por la experiencia en las grandes capitales del siglo pasado.¹

¹ Para un estado de la cuestión sobre estos textos puede recurrirse a los estudios de Arciniegas (2023), Barbeira (2013), Díaz Martínez (2011), Villegas Martínez (2024), Martínez González (2010) y Torres Martínez (2016).

Concepto de *cosmopolitismo*

“La patria de un alma elevada es el universo”, dijo Demócrito, en la que sea tal vez la primera manifestación de cosmopolitismo enunciada por un intelectual en la historia. Es también muy celebrada la anécdota de Diógenes de Sinope (c. 404-323 a. C.), en la cual le preguntaron de dónde venía y él respondió con un contundente “soy ciudadano del mundo”. Vale añadir además una mención a Sócrates, representada en la pregunta irónica que se hace Friedrich Nietzsche (1844-1900) al comienzo de *El crepúsculo de los ídolos*: “¿Fue Sócrates realmente un griego?”. La interrogación es puramente retórica, sobreentendiendo que, primero, Sócrates fue filósofo, y que su adscripción era antes a la institución filosófica que a la *polis* ateniense. Otra referencia del mundo clásico está en los estoicos, que desarrollaron su imagen del *kosmou polítes* ‘ciudadano del mundo’, para quienes el punto de unión entre todos los hombres era el *logos* universal, lo que en la tradición latina será denominado *humanitas*.

Siguiendo la crónica antigua, la primera imagen representativa de manera formal de la universalidad fue Pablo de Tarso (5-10, c. 58-67) con la fundación del catolicismo (del griego *katholikós*, que significa ‘universal’), cuyo elemento de unión entre todos es el de ser hijos de Dios, hermanos en su *religare*, pecadores por antonomasia. El autor de las *Cartas* del Nuevo Testamento logró unificar a los seres humanos sobre la base de una fe absoluta luego de una campaña proselitista extraordinaria como peregrino entre Europa y Asia. El *homo viator* fue el que hermanó bajo un mismo cielo a los hombres y mujeres, y no por una tierra, sino por una verdad. Pablo es la gran representación del ecumenismo en el mundo antiguo; la otra es Filón de Alejandría, su contemporáneo judeo-helenístico.

En el año 212 se promulgó en Roma el polémico Edicto de Caracalla o la también denominada “Constitución Antoniana”, que extendía la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio, con algunas excepciones. El Edicto sirvió de precedente al posterior Código de Justiniano (529 a 537), el sistema jurídico que principió el Imperio Bizantino. No obstante, la unión del trono y del altar en la Roma occidental llegaría el 27 febrero del año 380, con el emperador Constantino. Es así como de Grecia a Roma, y de Roma a Constantinopla y al mundo, puede seguirse, en una línea de tiempo, cierta idea de universalidad en el sentido político y religioso.

En línea con la Tardoantigüedad, de hegemonía cristiana, ya en el siglo IV, Agustín de Hipona deja sentado en *La ciudad de Dios* el estatuto metafísico de la doble ciudadanía: la de pertenecer a la ciudad política y a la celestial. Extendiendo el argumento a lo largo de casi toda la Edad Media, católicos y judíos consolidaron sus tradiciones cosmopolitas en sentido inverso: el judío, carente de raíces en una comunidad, empujado a la diáspora continua, se convierte por la fuerza en ciudadano del mundo (en “pueblo huésped”); en cambio, el católico nunca necesitó buscar el argumento en la historia ni en ninguna tradición fuera de sí, sino que ya era cosmopolita por nombre propio.

El gran salto en la discusión acaece en la era moderna. La revolución tecnológico-industrial y la acelerada velocidad en las comunicaciones (invención del ferrocarril y la navegación a vapor) multiplican los intercambios comerciales, y estos, por añadidura, los culturales. La nueva ciudadanía europea añade derechos e isonomía. Será a inicios del siglo XIX, con la caída del estado prusiano a manos de Napoleón (encarnación del cosmopolitismo), cuando Hegel sentencia el principio de la nueva era (“estado universal homogéneo”) exaltando los ideales modernos de la libertad y, en consecuencia, el fin de la historia (Ávalos Tenorio, 2010).

La era contemporánea retoma la discusión en clave de filosofía política. Lo vemos así en el capítulo IX de *Los orígenes del totalitarismo* (1951), donde Hanna Arendt posa su lente sobre la figura liminar de los apátridas, ubicando el fenómeno del cosmopolitismo moderno en el siglo XIX como resultado de los destierros forzosos de los migrantes de distintos puntos de la Europa oriental y meridional que se vieron obligados a convivir en un mismo terruño. Su ensayo signa toda una teoría y línea de lectura como fundamento.

La dialéctica entre estado-nación y territorio-mundo encuentra en la idea de universalidad un espacio acorde al ideal del cosmopolitismo (occidental) y a la globalización (fin de los estados-nación, democracias constitucionales, libres flujos de capital y derechos humanos), cuyo origen es también moderno y puede rastrearse en la noción de “paz perpetua” de Kant (1795), un antecedente de la idea de “humanidad” como *logos* universal. El filósofo de Königsberg es el gran referente de la ética universalista. El cosmopolita niega las incompatibilidades entre los particularismos de las distintas comunidades políticas institucionalmente organizadas bajo la forma tutelar del estado-nación, sean esas diferencias étnicas, económicas, religiosas, etc., lo que deriva en una suerte de razonamiento directo según el cual no hay diferencias entre los unos y los otros, entre los de acá y los de allá, y los límites geográficos trazados por las legislaciones, al igual que los antecedentes históricos, se encuentran de suyo por debajo de la condición básica de seres humanos (tabla rasa para todos los de la misma especie); todos somos parte de una comunidad política *all inclusive* por el mero hecho de haber nacido. El problema surge porque la construcción de un *nosotros* lleva siempre implícita la de un *ellos* antitético y su consecuente sistema de exclusión y diferencia, donde se dividen inevitablemente las aguas entre amigos y enemigos,² o bien, entre partes separadas por genuinos desacuerdos de base.

En el mundo contemporáneo, una heredera de Arendt, la teórica Martha Nussbaum, retoma el punto de debate en su libro *Los límites del patriotismo* (1999). Allí recopila una serie de ensayos que funcionan como respuesta a una tesis esbozada en el primer capítulo, donde usa como epígrafe el citado *dictum* de Diógenes el cínico. Nussbaum se siente representada no solo por la tradición de Arendt y John Rawls, sino también por la del pragmatismo norteamericano de Richard Rorty. En este caso, la filósofa se reconoce en el etnocentrismo defendido por el filósofo norteamericano (1998), que concibe a la democracia liberal occidental como una forma de vida y un sistema de valores superiores a toda otra opción (en Rorty el fundamento es casuístico, no metafísico), léase colectivismos o teocracias de cualquier laya. Ese lazo de unión está enraizado en una idea de justicia que supone el establecimiento de vínculos de lealtad, solidaridad y empatía con los iguales y, en concreto, con aquellos que son susceptibles de establecer un diálogo razonable, al modo —relativamente— habermasiano. Dice Nussbaum: “Hay otro ideal que se ajusta mejor a esos objetivos; un ideal que, en cualquier caso, se adapta mejor a nuestra situación en el mundo contemporáneo, y que no es otro que el viejo ideal del cosmopolita, la persona cuyo compromiso abarca toda la comunidad de los seres humanos” (2012: 14). Vale decir que la autora cree en la universalidad kantiana de la justicia y en el vínculo humanitario anterior a cualquier configuración política sujeta a un suelo. El antinacionalismo de Nussbaum se distancia de todo enfoque particularista o singularista relativo a culturas locales o regionales, negando el supuesto enlace trascendente de sangre o tierra, en términos históricos y esencialistas. Sin embargo, reconoce Nussbaum: “Una vez más, esto no significa que sea ilegítimo sentir una preocupación especial por nuestro propio ámbito” (2012: 24). El cosmopolita no es entonces alguien que no tenga preferencias por la comunidad en la que vive; en todo caso, no se reconoce

² De allí también la diferenciación planteada por Arendt (1974) entre antisemitismo y antisionismo en alusión a los alemanes judíos de fines del siglo XIX.

en ella *solamente* y en perjuicio de otras, que son siempre casuales, accidentales, eventualmente transitorias, producto de una conquista, el resultado de una guerra o un acuerdo comercial.

Escritores latinoamericanos y *deseo de mundo*

Encontramos en *Deseos cosmopolitas* de Mariano Siskind (2016) una discusión que nos permite cerrar parcialmente un interrogante. El autor argentino trabaja en este texto lo que llama el *deseo de mundo*, referido a la relación que el intelectual latinoamericano establece, a partir del modernismo, con un imaginario político y cultural que acontece extramuros. Más específicamente en la primera parte, “La literatura mundial como relación global, o la producción material de mundos literarios”, Siskind se detiene en el origen del debate moderno acerca de Kant y la ley universal:

Kant articula el pasaje de la universalidad conceptual de la razón a su actualización en una geografía universal (general y global) en instituciones cosmopolitas políticas y económicas. La construcción discursiva del mundo como totalidad global de derechos y normas morales es una operación evidentemente ideológica, que consiste en la naturalización de la universalidad de la razón cuando, de hecho, esa universalidad es el resultado de la universalización hegemónica de la particularidad cultural de los valores e instituciones de la modernidad europea. Más importante aún, el discurso de Kant sobre la globalización traduce el concepto abstracto de lo universal en términos geopolíticos y postula la realización concreta de un mundo-cómo-totalidad-ética/política (Siskind, 2016: 45).

De esta forma, Siskind retoma la tradición crítica que concibe la globalización como la imposición pacífica de tipo etnocéntrica por parte de los países más desarrollados del primer mundo occidental sobre el resto periférico. Solo impera el tipo de paz deseada por el victorioso; solo se observa la ley del más fuerte; se universaliza la particularidad triunfante. Hasta aquí nada nuevo bajo el sol. Lo novedoso en Siskind es su abordaje en tanto logra alcanzar con mayor precisión la temática de la universalidad *demoliberal*. El autor revisita el célebre ensayo de Nussbaum contra el patriotismo y sostiene: “Como en la propuesta de Martha Nussbaum, el cosmopolitismo aparece como el nombre de la institucionalización de un horizonte cultural-pedagógico sobre el que se recorta un deseo de justicia universal” (Siskind, 2016: 81). Vemos que, a fin de cuentas, la cosmopolitización es una cuestión ligada a principios del derecho y la justicia, a la ética prescriptiva de tipo deontológico, y a una concepción de la cultura en la cual los agentes se ven a sí mismos posicionados en complementariedad con sus modos de vida intramuros. Para arribar a ello, en la segunda parte, “Cosmopolitismo marginal, modernismo y deseo mundo”, Siskind ofrece el itinerario de varios escritores mundiales, como se ve en el siguiente ejemplo: “Martí ofrece la que para mí es la clave del discurso literario-mundial del modernismo: una nueva conceptualización de la idea de lo extranjero, que ya no se ve como Otro exterior, sino como el potencial antiparticularista (no hispánico) de identificarse con el mundo” (Siskind, 2016: 175). Es así como el abandono del particularismo heredado del siglo XIX se torna anacrónico en los nuevos tiempos. El escritor deja atrás, en la naciente era, su presunción singularista, se desaferra de sus primeros vínculos con la tradición y aspira a ocupar un espacio mayor en el cual desenvolverse, como Rubén Darío. Se trata de escritores originales que son parte de un espacio literario-mundial, y no de culturas nacionales específicas. El ejemplo que toma el autor es el que remite a Borges y a su tan aludido ensayo “El escritor argentino y la tradición”, donde, ante la pregunta de si hay una literatura nacional, el autor de *Discusión* responde —glosa de Siskind mediante— que en efecto la hay, pero que esa pertenencia es irrelevante (2016: 190). Ya en la segunda mitad del siglo XX lo nacional deja de tener sentido. Si el escritor se piensa

a sí mismo como un intelectual atado a su dominio y a sus ritos, su figura está en problemas, no solo por las dificultades de negar la hibridación de toda cultura moderna, sino por la poca efectividad discursiva de sus postulados. Los nacionalismos fueron los grandes culpables de los genocidios de la primera mitad de siglo XX y la celebración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, acontecimiento de vena kantiana, obligó a extender la mirada hacia nuevos territorios.

Conforme a la idea principal de Siskind, el cosmopolitismo de un escritor es un deseo, una aspiración acaecida por la historia, la lengua, el mercado editorial y la apelación ética a principios universales (kantianos, rawlsianos)³ de justicia. En este sentido, el escritor dispone a lo largo de su vida de una figura pública de sí mismo que puede inscribirse como marca en una imagen instituida: la del autor de todas y de ninguna parte, cuyo emblema se encuentra en las culturas abiertas y permisivas de Occidente y en las tradiciones confluyentes: libres, abiertas, igualitarias, laicas, y de respeto mutuo (Sennet, 2003).

Para un escritor latinoamericano del siglo XX, entiende Siskind, el mundo deseado era ese lugar absoluto en el cual se cruzaba su lejana tradición grecolatina con su lengua romance traducida, y un mercado editorial a partir del cual podía consagrarse como literato. El mundo como posición, pero a la vez como utopía de progreso, ocupación imaginaria, pertenencia cultural, política y lingüística que ofrecía la condición de posibilidad de salir del propio domicilio: el estadio regional o tribal, de raigambre localista y gesto diferencial; en suma, lo anacrónico, el color local.

Por eso, el *deseo de mundo* en Siskind puede ser reelaborado como deseo de un lugar legitimado por voces autorizadas de una comunidad intelectual, artística o una *intelligentsia* de la cultura establecida en un conjunto de valores comunes que reclaman su tipificación en el derecho positivo y su aplicación en instituciones políticas trasnacionales (Unión Europea, Naciones Unidas, Mercosur).

Otro aspecto fundamental es el económico. La globalización del comercio posterior a la caída del socialismo real implicó la multiplicación de intercambios de bienes y servicios de modo inédito en la historia. Es allí donde, en el vocabulario de Nussbaum, se puede dar un *eros* del mercado que sea igual al viejo *eros* de la patria. Las sociedades comerciales vienen a reemplazar a las sociedades militares y clericales, y eso, para el liberalismo moderno, comporta una idea de progreso material o evolución histórica como proceso civilizatorio que nos aleja de la barbarie y la pobreza. Paz y comercio en lugar de guerra conquistadora, pillaje e impedimento del rico de entrar en el reino de los cielos (Mateo 19, 23-30).

Concluamos, entonces. Habría, por una parte, un cosmopolitismo maximalista, de sumo rigor kantiano, que entiende a la especie humana universalmente objetivada en una idea de comunidad: una homogeneidad política sin banderas. Pero hay, a su vez, una idea, llamémosle, minimalista, de la ciudadanía del cosmos, habilitada por una imagen que está representada en buena parte por la intelectualidad progresista de la segunda mitad del siglo XX, que defiende los valores occidentales que despertaron con la Ilustración y se consumaron con la globalización, y que son, *grosso modo*, los principios de la democracia liberal republicana.

³ En referencia al filósofo político norteamericano John Rawls y su concepción del liberalismo igualitarista y la noción de justicia como imparcialidad (1971).

Es en estos parámetros relativamente generales, no del todo especificados en sus problemáticas ni en sus contradicciones, donde se posiciona el escritor-intelectual cosmopolita de la segunda mitad del siglo pasado, especialmente en el sur del globo. De allí se infiere que cuanto menos intensos sean los contenidos de esa propuesta, más extensa será la convocatoria efectiva a tamaño pertenencia.

Las ciudades y los autores

En el mundo antiguo y medieval la condena al ostracismo era peor que la condena a muerte porque suponía para entonces una muerte en vida. Ser desterrado a las afueras de la ciudad implicaba sumirse en el olvido, perderse para siempre, romper definitivamente todos los lazos con los seres queridos y con la cultura de pertenencia; es decir, era también un exilio interior. Por la precariedad de las comunicaciones y la poca expectativa de vida, el exilio representaba el peor de los castigos, una pérdida absoluta. En las afueras no había vida imaginable, descontando además la ausencia de una legislación hospitalaria que recibiera con título de ciudadanía al huésped político; el extranjero era, en cualquier caso, un ciudadano de segunda que cargaba con una imagen negativa similar a la de un delincuente de baja estofa.

Ahora bien, esta figura se invierte en la época moderna, en donde aquel que ha sido objeto de expulsión por razones políticas, o bien exhortado al destierro, construye una identificación con los de su misma condición en base a la experiencia de la pérdida; esa es, en resumidas cuentas, la tesis de Arendt. No será hasta después de la Segunda Guerra Mundial cuando la geopolítica occidental cambie radicalmente en aras de una unidad institucional mayor, capaz de ofrecer títulos legales de nacionalidad a los fugitivos y/o expatriados de otros lares, atendiendo a su lengua, religión o cercanía étnica.

Reinaldo Arenas llega a Estados Unidos durante el éxodo masivo de 1980. La narración de estos hechos se inicia en el capítulo “Cayo Hueso” (Arenas, 2015: 306), ya entrando en el último cuarto de su autobiografía. La primera experiencia en el exilio es también su primera experiencia fuera del país, ya que hasta ese momento nunca había salido de Cuba. Se entiende así, por el mismo movimiento, una construcción del afuera, o del *allí* reconvertido en el *aquí*. Hay en *Antes que anochezca* una nueva configuración de la espacialidad. No se trata solamente de la huida de la isla y de la persecución política sufrida en carne propia, sino también de la edificación de un mundo nuevo que amanece ante los ojos del autobiógrafo: primero Miami y después Nueva York. Entre ambos hay varios viajes por Europa y la costa norte de América del Sur. Vale recordar que las oleadas inmigratorias de Cuba a Estados Unidos durante la Guerra Fría acaecieron fundamentalmente entre 1960 y 1980, por lo que Arenas forma parte de uno de los últimos contingentes de exiliados (Hernández Martínez, 2020). En concreto, llega a Cayo Hueso y se pone en contacto con todos sus amigos exilados en tren de recuperar las innumerables páginas escritas que había podido sacar furtivamente de la isla a lo largo de los años. Entre las personas con las que se contacta está Severo Sarduy, que se había podido ir de Cuba con una beca de estudio en 1960 y establecido en París (hasta su muerte en 1993). Más tarde, Arenas es invitado por la Universidad de Florida a dar una conferencia en Miami, donde habla por primera vez ante un público extranjero; entre los presentes está Heberto Padilla, cuyo famoso caso había producido la ruptura de muchos intelectuales latinoamericanos con la Revolución cubana, y del cual dice: “Sentí lástima por aquel hombre destruido por el sistema, que no podía encararse con su propio fantasma” (Arenas, 2015: 308).

Desde los primeros días en Estados Unidos, el autobiógrafo comienza una nueva vida, no solo en su condición de exilado, sino de figura cultural, amalgamando sus textos inconclusos y perdidos con una suerte de nuevo plan editorial pensado a futuro. Leer, escribir, publicar, dar charlas, discutir en el espacio público, conectarse con intelectuales, forjar comunidades con el denominador común de la cultura, todas acciones que al cubano le llevarán la totalidad de su tiempo, donde trabaja día y noche, recuperando el tiempo perdido. Arenas reinicia así un sueño lejano: ser escritor profesional. Empieza a reclamar las regalías por los libros vendidos en Europa, México y Estados Unidos. La novela *El mundo alucinante* iba por su quinta edición y él no había cobrado nada. Su situación legal como autor era totalmente irregular; recordemos que sus textos habían salido de Cuba de manera clandestina muchos años atrás y llegado a las editoriales a través de amigos, por lo que no había ningún contrato firmado ni nada parecido. En Estados Unidos se convierte, al fin, en un escritor a tiempo completo. Esta es la voz que emerge del yo autobiográfico con más sentido: la de un autor, un intelectual, un militante visible y localizable, un exiliado político hispanoamericano. No obstante, ya que buena parte del mundo intelectual latinoamericano progresista era abiertamente favorable al régimen castrista, a Arenas se le cierran muchas puertas, y enseguida se le advierte la indignación:

Ese fue también el caso de Ángel Rama, que había publicado un libro de cuentos mío en Uruguay; en lugar de escribirme una carta al menos para felicitarme por haber salido de Cuba, porque él sabía la situación que yo tenía allí, por cuanto nos vimos en Cuba en el año 1969, publicó un enorme artículo en el diario *El universal* de Caracas titulado: “Reinaldo Arenas hacia el ostracismo”. Rama decía en aquel artículo que era un error que yo hubiese abandonado el país, porque todo se debía a un problema burocrático; que ahora estaría condenado al ostracismo (Arenas, 2015: 308).

Arenas visitó varios países en los meses siguientes a su desembarco en Miami, en concreto, Venezuela, Suecia, Dinamarca, España, Francia, Portugal y Puerto Rico. “En todos dejé escapar mi grito; era mi tesoro; era cuanto tenía” (Arenas, 2015: 310). El escritor ejerce su condición de exiliado como un hombre de mundo, y usa, en rigor, su nombre para el reclamo de justicia denunciando las violaciones a los derechos humanos en la isla y las persecuciones a los coterráneos disidentes. Había recuperado su estatus cultural, su voz se hacía escuchar y vivía una libertad política y sexual hasta entonces desconocida para él. También, claro está, pudo salir de la extrema pobreza en la que se había acostumbrado a vivir, cobrando los primeros derechos de autor de su obra y dando conferencias, así como escribiendo artículos para medios de prensa, además de contar con la ayuda inestimable de amigos ya instalados en Estados Unidos, como el incondicional Juan Abreu.

A los pocos meses, y luego de ir a fiestas y tertulias noche y día, y de relacionarse con muchos exilados cubanos, en particular escritores (Lydia Cabrera, Enrique Labrador Ruiz, Carlos Montenegro),⁴ el poeta se da cuenta de que Miami no es ni será nunca una ciudad literaria, sino un cayo mercantilista, y decide mudarse a Nueva York, aprovechando una invitación de la Universidad de Columbia. En ese entonces la ciudad insigne de la esfera bursátil venía de una bancarrota brutal.⁵ Señala el autobiógrafo: “Me doy cuenta de que para un desterrado no hay ningún sitio donde se pueda vivir [...] en el exilio uno no es más que un fantasma, una sombra de alguien que nunca llega a alcanzar su completa realidad” (Arenas, 2015: 314).

⁴ Un caso que sirve como antecedente es la canónica novela *Hombres sin mujer* de Carlos Montenegro (autor hispano-cubano), publicada por primera vez en México en 1938. Ambientado en el periodo republicano, el libro narra las relaciones homosexuales de presos cubanos en una cárcel, viviendo en condiciones penosas.

⁵ Ver F. Jiménez (21 de noviembre de 2022). Cuando la ciudad de Nueva York se convirtió en el mayor activo tóxico del mundo. *Eleconomista.es*.

Arenas arriba a Nueva York en vísperas de la navidad de 1980, entre dos hechos históricos que en el texto brillan por su ausencia: el asesinato de John Lennon, en las puertas del Central Park, el 8 de diciembre (crimen que conmocionó al mundo), y la asunción de Ronald Reagan, el 20 de enero, poniendo fin a otro hecho dramático: la toma de rehenes por parte de unos extremistas iraníes en la embajada norteamericana en Teherán. Esta versión neoyorquina de una megaciudad-mundo supone para el autobiógrafo una segunda instancia en su destierro. La Gran Manzana aparece, entonces, como una especie de tierra prometida, en consonancia con una forma de vida semejante a la de la inmigración latinoamericana, italiana, irlandesa y judía que suele retratarse en el cine *mainstream* de Hollywood,⁶ transfigurada ahora en una recepción amable dentro de un nuevo estadio.⁷

Con la posibilidad de vivir su libertad sexual en una comunidad nueva y abierta, Arenas se reinventa a sus treinta y siete años, o bien, se descubre a sí mismo como hombre libre, que en rigor no es del mundo propiamente dicho, sino que se reconoce como amparado en una gran ciudad, típicamente moderna, que se caracteriza por una intensa participación política de los movimientos gay y LGTB, cuyo lugar icónico fue, tras la revuelta de Stonewall, el Washington Square Park del Greenwich Village.⁸ De hecho, la conexión con la metrópoli llega desde la primera vez: “Aquella misma noche comencé a caminar por la ciudad; me pareció que, en otra encarnación, en otra vida, yo había vivido en esta ciudad” (Arenas, 2015: 315). La simbiosis es inmediata, el autobiógrafo se encuentra a sus anchas. En lo ajeno descubre lo propio y remite a un vínculo cuya explicación solo podría dar la psicología: siente que alguna vez estuvo allí, se concibe residente en esa tierra. Y a continuación, cuenta aquella primera noche con un nutrido grupo de amigos con los que cruza en auto toda la Quinta Avenida (315).

Ante ese efecto de reconocimiento, valdría la pena preguntarse cómo es que Arenas (re) descubre ese vínculo íntimo con la ciudad de Nueva York si no había vivido una experiencia cultural previa capaz de producirla. Suele ocurrir que el contacto principalmente dado por el cine (películas de Scorsese, Friedkin o del Blaxploitation)⁹ y la televisión opere de modo sensible en las representaciones. Tanto uno como la otra han sido y son vehículos de estetización y estilización de los bajos fondos neoyorquinos (Harlem, Bronx, los suburbios de Brooklyn y Queens), del verde del Central Park, las luces estrambóticas de Times Square como de los rascacielos del Financial District y las aguas que sostienen a la Estatua de la Libertad, o la nieve copiosa en período navideño. Manhattan, con sus puentes, está grabada en las retinas de los cinéfilos y seguidores de series televisivas, pero no era ni por asomo ese el caso de Arenas, alejado de todo, nacido y criado entre la pobreza campesina, sin consumo de medios de comunicación, atravesado por la experiencia carcelaria, y prácticas culturales férreamente intervenidas y reguladas por el gobierno local. Por ende, no hay ninguna referencia a una sensibilidad pop adolescente. Tampoco está la literatura de los *beatniks* o el realismo sucio de los suburbios, ni mucho menos el jazz. Ni las artes plásticas de las galerías o los grandes museos, por cierto. Es decir, la autobiografía no contenía hasta allí rastros de la vida ni de la cultura neoyorquinas en ninguna de sus expresiones más habituales.

⁶ Véase el ejemplo de *Érase una vez en América* de Sergio Leone, un clásico de Hollywood de 1984.

⁷ Diario de Cuba TV. (15 de noviembre de 2020). *Reinaldo Arenas fue un hombre muy feliz en Nueva York*. Disponible en el sitio youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=RTGkVazJGLU>.

⁸ Epicentro de los *beatniks* de los años 50 y de la bohemia de los 70 en pleno Downtown; zona de influencia de Allen Ginsberg, Patti Smith y Bob Dylan, y de los clubes de jazz.

⁹ Movimiento cinematográfico estadounidense de los años setenta caracterizado por la temática de la vida de las comunidades afroamericanas.

En Nueva York, Arenas acrecienta su participación en defensa de los derechos civiles y las libertades políticas en la isla, a contramano de la comunidad cubana residente en Miami, muy conservadora en términos de conducta sexual e históricamente afin al Partido Republicano. Así también, el escritor se mantiene distante de los sectores de izquierda de la intelectualidad estadounidense cercanos al Partido Demócrata, simpatizantes de la Revolución cubana. Arenas fue siempre un militante solitario, sin patrocinio en grandes colectivos políticos. Su carta de ciudadanía le llegó bastante tarde, por lo que desde el punto de vista legal se parece mucho al paria decimonónico del que hablaba Arendt. Al respecto, hay que recalcar que, en 1980, cuando el poeta llega a Estados Unidos en condición de exiliado, tarda tres años en conseguir papeles que le permitan viajar sin problemas. Lo curioso de esta experiencia es que el propio escritor da cuenta de que fue menos su registro de legalidad de ciudadano que su condición de escritor conocido lo que le sirvió para poder recorrer Europa y Latinoamérica. De recluso a ciudadano de segunda, el relato de los viajes es un documento histórico para poder pensar la política internacional de aquel entonces, incluyendo el espacio de prestigio atribuido a los escritores. Asevera el autobiógrafo: “Un refugiado era siempre un peligro, pues podía quedarse en cualquier sitio y, generalmente, no tenía un centavo” (Arenas, 2015: 324). En esta misma dinámica de la época puede leerse una nueva figura del ostracismo: la del expatriado político, pobre, homosexual, precario de papeles, indefenso ante las leyes internacionales, que merced a un prestigio en el campo intelectual logra alzar su voz y hacerse escuchar. La de Estados Unidos, diría Derrida (2006), fue para Arenas una hospitalidad condicionada (la única posible), a medias, entre el *hospes* y *hostis* (una hosti-hospitalidad).

“Me dedicaba a recorrer los lugares más alucinantes de Manhattan” (Arenas, 2015: 327). El autobiógrafo alcanza, a pesar de las contrariedades que la sociedad norteamericana le suscita y los obstáculos que el gobierno le había puesto para adquirir documentación, el ideal de su vida adulta, donde se siente un morador en su propia morada. Allí ve también, en el reflejo de las aguas del Hudson o del East River, una réplica alejada de las playas tropicales caribeñas, tan caras a sus sentimientos juveniles. Arenas tenía un espíritu griego, representado en sus constantes referencias al mar (en la ficción, con el nombre de una novela, *Otra vez el mar*; y en la experiencia dramática de la persecución de nadador, cuando lo denuncian, como a Sócrates, por corromper menores), el sol, la arena y los cuerpos masculinos apolíneos. El *eros* solar, tan manifiesto en su obra, cobra un valor existencial, ineludible a la hora de pensar la experiencia vital del escritor: la de quien ha partido en busca de una salvación. Dice el autobiógrafo al respecto: “Era como si yo recuperase mis buenos tiempos, aquellos en que recorría a pie las playas de La Habana. Yo vivía ahora mi tiempo perdido y de nuevo casi recobrado; aquellos tiempos de mis aventuras submarinas y de la euforia de mi creación literaria” (Arenas, 2015: 327).

¿Cómo observa, entonces, su nuevo hogar? Como un sitio al que siempre perteneció sin pertenecer definitivamente. El centro de la mirada se organiza a través de un tránsito de hombre no libre a hombre libre (De Cuba a EE. UU). Es cierto que la única preocupación política de Arenas era Cuba, pero también es verdad que su voz encendida, desde el primer momento, buscaba ser escuchada por fuera y en conformidad con los valores imperantes en las democracias liberales de Occidente, al menos las más progresistas. Arenas se presenta en toda su autobiografía como alguien absolutamente cubano en su modo de vida, en su cultura literaria y con una identidad clara: la de un atleta caribeño, hijo del sol, la arena y la poesía de Lezama Lima. Y se reconvierte después en un militante rabioso en una Nueva York salvaje con sus noches de juerga en Times Square, llena de encuentros eróticos furtivos y vida cultural intensa a la luz del día. Sus innumerables amigos, que pueblan las páginas de *Antes que anochezca*, ocupan también un rol preponderante en la constitución de ese centro narrativo: son cubanos, españoles, sudamericanos y estadounidenses, muchos de ellos expatriados y trashumantes a los que se une en el sentimiento de desgracia.

Su mirada en Nueva York (donde además escribió su autobiografía, cuyos primeros bocetos tenían ya una década) no es de ninguna manera la mirada etnocéntrica. La identificación con la ciudad multicultural por antonomasia —hija putativa de la Ámsterdam del Siglo de Oro (XVII) y bastarda de París (Guilbaut, 1990)— no opaca la sentimentalidad con La Habana. Nueva York es el territorio de la autonomía deseada y la forma de vida que el autobiógrafo, gracias a la hospitalidad recibida, aunque sobremanera condicionada, encuentra para vivir su etapa adulta: la de un escritor independiente que cobra sus primeros ingresos por sus libros editados, publica notas de prensa y dicta charlas en universidades; en definitiva, la de quien vive como escritor profesional (a pesar de sus muy magros ingresos).

En el caso del relato autobiográfico de Sergio Pitol, se trata de un texto totalmente fragmentario que va recopilando pedazos de experiencia profesional en distintas partes del mundo y anécdotas personales sin un orden cronológico claro. Las funciones del protagonista como agregado cultural están en mayor medida ausentes (a modo de memorias clásicas, descripciones de las obligaciones laborales, burocracia del mundo de las embajadas) y prácticamente no hay referencias a hechos históricos, salvo algunos detalles sobre la Europa Oriental en tiempos de Guerra Fría (2022). En concreto, su libro se centra en una historia de escritor, en un largo repaso de su vida como lector y de sus opiniones cambiantes con respecto a la literatura, con agudas observaciones sobre distintos autores contemporáneos, más mundologías con amigos y grandes personajes que atravesaron su experiencia. Por lo tanto, debemos decir que la diplomacia, en el caso del autobiógrafo, es un *lugar de enunciación*. Sus espacios más relevantes son Checoslovaquia y Polonia¹⁰ (además fue traductor de Gombrowicz, Andrzejewski y Schulz)¹¹.

Lo que hay de elitista en la autobiografía de Pitol es la zona de privilegio desde la cual escribe. Es un diplomático que no presume de tal y que aprovecha ese tropo narrativo para hablar de literatura en busca de una vida insólita. En la jerga propia mexicana se habla de “rincón de la totalidad” en cuanto a lo concerniente a la figura del diplomático que se abre al mundo desde una posición local.¹² El autor se fue muy joven de su casa y volvió ya viejo. Si bien Pitol vivió en varios países (Francia, Hungría, Rusia, la ex Checoslovaquia, Italia, España y China), el lugar de residencia clave para analizar el paso de su vida diplomática es Polonia, un estadio que hasta derivó en la edición de *Sergio Pitol, el Bristol y Polonia*,¹³ publicado por la Embajada de México en Polonia y dedicado a la relación del escritor con la tierra de Europa oriental. Allí se destaca especialmente la labor del autobiógrafo como traductor al español de los mejores escritores polacos. La vida diplomática, formalmente hablando, se inicia, según sus palabras, a comienzos de los años setenta y se extiende hasta fines de los ochenta, antes de la caída del Muro de Berlín, todo un dato en virtud de que el personaje pasa buena parte de su estadía en la Europa del Este (el llamado “Bloque Oriental”). En ese sentido, el autobiógrafo hace las cuentas temporales: “La segunda parte de mi estancia en Europa comienza en 1972 y termina en 1988, la diplomacia, y se desarrolla en espacios que por lo general se suponen distantes y contrarios a aquellos en que me había movido. Ese fue mi paso a la carrera diplomática” (Pitol, 2011: 52). A pesar de esta afirmación, unas páginas más adelante cuenta que, en realidad, sus actividades diplomáticas

¹⁰ Ver Wasilewski, W. (2020, junio). Escritor y diplomático: Sergio Pitol, embajador de la cultura polaca. *Revista de la universidad de México*.

¹¹ Embajada de México. “Los recuerdos de Sergio Pitol” reseña del libro: ‘Sergio Pitol: el Bristol Polonia’. (s/f). Recuperado de: <https://embamex.sre.gob.mx/polonia/index.php/es/avisos-importantes/209-los-recuerdos-de-sergio-pitol-resena-del-libro-sergio-pitol-el-bristol-polonia>,

¹² Diplomacia cultural. (14 de octubre de 2020). “Sergio Pitol en Polonia”, Alejandro Negrín Muñoz, Embajador de México en Polonia. Youtube: https://www.youtube.com/watch?v=Y5Zssyt_JpA,

¹³ Instituto Cervantes (26 de noviembre de 2020). Sergio Pitol desde Polonia: la magia de la traducción. Coloquio. Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=GnEytFiEezg>.

habían comenzado antes: “Estaba a punto de viajar a Belgrado, enviado por la Secretaría de Relaciones Exteriores, para concertar la participación de Yugoslavia en las actividades culturales anexas a la Olimpiada de 1968 que tendría lugar en México” (Pitol, 2011: 54). Conjuntamente, y fiel al recorrido de toda su autobiografía, Pitol vincula su diligencia política con su experiencia de escritor-lector. “Llegué a Belgrado en marzo de ese año. Allí todo estaba ya organizado. Por fin, después de muchos años, tuve tiempo abundante para escribir” (Pitol, 2011: 54). Se trata de un nómada cuya autorrepresentación se ve atravesada por un tránsito constante entre ciudades que pueblan las páginas de principio a fin del texto autobiográfico.

A lo largo de su vida, desde fines de los sesenta, Pitol nos dice que ha llevado siempre consigo un diario personal, aludiendo a la indiferenciación del viajar con el escribir, de poner palabras privadas a su vida pública, de dejar testimonio de su locomoción continua por el Viejo Continente y parte de Asia. “Pasaron los meses, salí de Belgrado, me instalé en Barcelona. Trabajé tenaz, feliz y a veces desoladamente hasta llegar al fin, en 1972, a mis treinta y nueve años de edad, pocos días antes de partir de Barcelona hacia Inglaterra” (Pitol, 2011: 56). Y sigue: “En Moscú me desprendí de la nefasta sombra que se plantó durante años sobre la página en blanco” (Pitol, 2011: 58). El autobiógrafo se mueve como pez en el agua dentro de una cultura, la eslava, tan opuesta a la propia, la hispánico-azteca. El trabajo de diplomático y traductor lo ponen al protagonista ante el problema de la identidad lingüística, y es esta una de las características del escritor cosmopolita, su constante aporía: la de un hombre libre que migra por el mundo bajo ideales universales mientras se identifica con las caracterizaciones más atávicas de su propia cultura de origen. Esta dualidad permanece, sin más, como cree Siskind, desde la época de Rubén Darío hasta la actualidad.

“Si en algunos períodos los escritores rusos y los polacos, en otros los ingleses, los centroeuropeos, los latinoamericanos, los italianos o el Siglo de Oro español, han jugado un papel hegemónico en mi formación, jamás se me ha ocurrido que eso pudiera transformarme en un narrador extraño a mi lengua” (Pitol, 2011: 120). Pitol como protagonista de su autobiografía es, en esencia, un viajero, un personaje de excepción, un diletante de manual. La auto-narración trata de un paseador por el mundo gracias al cual vamos oyendo historias de juventud, clases de literatura y aspectos protocolares de la función diplomático-cultural. La carrera de escritor, tal como cuenta en *Una autobiografía soterrada*, comenzó en México, pero esta era apenas incipiente, puesto que la mayoría de sus libros fueron escritos fuera de la tierra madre. “Cuando me embarqué a Europa en 1961 lo único que había publicado era un par de cuentos en los *Cuadernos del unicornio* que dirigía Juan José Arreola, y un pequeño libro, también de cuentos, *Tiempo cercado*, en un tiraje de doscientos ejemplares” (Pitol, 2011: 98). El protagonista del libro es un trotamundos porque en el libro en el cual decide novelar su vida está todo el tiempo en movimiento, desde su punto de partida en La Habana por un problema de salud hasta el largo itinerario retrospectivo que lo lleva por la *Mitteleuropa* y China, en 1961 (Pekín), cuyas referencias van y vienen durante toda la obra. Y esa vida en tránsito, narrada desde la postración de la primera vejez, encuentra en la lectura y la escritura su razón de ser. “Escribir ha sido para mí, si se me permite emplear la expresión de Bajtín, dejar un testimonio personal de la mutación constante del mundo” (Pitol, 2011: 98). El territorio es el mundo, siempre enunciado desde el exterior de México —de lo que solo queda un recuerdo de la infancia—, en circulación constante y en labores de cancillería.

“Salvo *Tiempo cercado*, todos mis libros fueron escritos durante veintiocho años en el extranjero” (Pitol, 2011: 49). El autobiógrafo se presenta como un escritor cuya obra se enlaza a los extramuros de la patria: “Lejos de México no tenía noticias de las modas intelectuales,

no pertenecía a ningún grupo, ni leía lo que mis contemporáneos leían. Era como escribir en el desierto” (Pitol, 2011: 50).

En 1961, Pitol cuenta que se va de México y que volverá solo de vacaciones. Aprovechará su residencia en el exterior (Roma, Pekín, Bristol, Moscú, Varsovia y Barcelona) para traducir libros para grandes editoriales y también escribir su obra, sin ejercer nunca la profesión de abogado. También dará clases en la Universidad de Bristol (Inglaterra). En la segunda parte de su estancia fuera de México, de acuerdo con su taxonomía geográfica, entre 1972 y 1988, el protagonista ejercerá tareas diplomáticas en Francia, Hungría y la por entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

Así, el autobiógrafo va cruzando su experiencia nómada con la escritura de una obra personal, donde describe varias anécdotas que después terminarán en las páginas de sus cuentos o en pasajes de novelas. Algunas impresiones de este periodo de viajero permanente pueden leerse con total claridad:

La Barcelona que viví entre 1969 y 1972 era una de las ciudades más vivas de Europa. Se preveía ya, se sentía en el aire, que la fortaleza totalitaria estaba minada, que faltaba poco tiempo para explotar y desquebrajarse. Había corrientes libertarias de distintos calibres y la vida cultural era un reflejo de esas circunstancias. La revolución juvenil que recorrió Europa en el 68 dejó un fuerte eco en España. Se vivía en un mundo de ideas y de emociones abierto a todas las novedades. Todas mis células participaban en esa ebriedad (Pitol, 2011: 56).

A pesar de todo este gran itinerario europeo y asiático, la ciudad extranjera más representada por Pitol en toda su autobiografía es La Habana (punto de encuentro simbólico con Arenas). La capital de Cuba es el lugar de donde parte el relato de su vida con la internación en la clínica La Pradera (capítulo uno) y los recuerdos de su primera visita en los años cincuenta. Narrativamente, la capital cubana es el único espacio donde se entretienen acciones (tramas), donde hay un relato propiamente dicho (acontecimientos que se despliegan en el tiempo y que se cuentan con lujo de detalles), enmarcado mínimamente con parámetros de tiempo y espacio, ya que todo lo demás es recuerdo inacabado, recortes, trozos de tiempo.

La primera reflexión es que La Habana es una ciudad que funciona como sinécdoque de un país representado de modo, llamémosle así, meramente descriptivo, con sutiles reminiscencias políticas. Es una Cuba descripta en su etapa prerrevolucionaria (el recuerdo del primer viaje) y, más tarde, en la posrevolucionaria (la internación en La Pradera), medida en la admiración por su arquitectura colonial, su arte y el recuerdo de lo que había sido alguna vez su opulencia, sin nombrar el parteaguas de 1959 casi en ningún momento. Sí la Revolución, no sus efectos.

De pronto me vi frente al Floridita, el bar donde Hemingway, ya se sabe, pasaba a tomar sus daiquirís al llegar a la Habana; a su lado está La Zaragozana, el mejor restaurante de Cuba y uno de los más antiguos de la ciudad, abierto a mediados del XIX. Entré allí como convocado a descifrar una parte de mi pasado, a jugar al acusado, al fiscal y al juez en una misma persona. La decoración de La Zaragozana a la que entré el sábado me era desconocida. Me parece que en la primera vez su arquitectura interior era igual al estilo de los años treinta o cuarenta (Pitol, 2011: 23).

La capital cubana florece de alguna manera como el tiempo de la primera juventud y se marchita como el de la última vejez, en sendos viajes, uno de iniciación, otro de culminación.

Me he propuesto visitar La Habana solo los sábados y domingos, después de salir de la clínica. Anteayer fue nuestro primer sábado, fui con Paz al Museo de Bellas Artes a ver la soberbia colección de Wifredo Lam, pasamos al hotel Meliá a comprar El país, recorrimos el corazón de La Habana, y en los puestos de libros encontré algunas maravillas: la poesía completa de Gastón Baquero y la de Emilio Ballagas (Pitol, 2011: 22).

Luego hace una observación más general:

La Habana vieja es un portento, añade al cosmopolitismo turístico la fuerza popular del Caribe. Pululan los músicos por todas partes. Cuando conocí La Habana por primera vez los turistas llegaban de Estados Unidos; hoy los que hablan inglés en las plazas y en los restaurantes son canadienses; pero también se oye francés, italiano, mucho portugués y en abundancia el español de España. El lenguaje de los negros y mulatos me resulta casi ininteligible, un papiamento extraordinariamente melodioso, como extraído de poemas del primer Guillén (Pitol, 2011: 22).

Las observaciones del autobiógrafo, muy reconocibles en una suerte de tono propio de un turista, producen un estímulo de emocionalidad extra en el autor. Cuba es la añoranza de su primer viaje saliendo de Xalapa, y es el lugar de acogida para su tratamiento sanitario. En el medio hay una vida adulta completa. Las primeras menciones a la capital de la isla remiten a un espectador distante que aprecia de la ciudad todo lo que ve o aprovecha un viajero: gente hablando en diversos idiomas, locaciones prototípicas, detalles generales sobre la arquitectura y el paisaje natural.

Por lo demás, la historia personal se imbrica con la del país caribeño: un antes y un después de la Revolución. “Ahora, cincuenta y pocos años después, al pasear por las calles de esta ciudad voy encontrando algunas huellas de esa estadía, algunos jirones de memoria comienzan a activarse, pero otros se resisten a salir a flote” (Pitol, 2011: 26). A modo de diario, Pitol continúa la apelación a su memoria para retratar aquel primer viaje que se ocupará de narrar en tercera persona, como resultado de sentirse tan distante de ese medio siglo atrás. En dicho plano, presenta el acontecimiento de este modo: “Me pasma el joven que he sido. Me es casi imposible creer que aquel joven fuese este anciano que con esfuerzo recuerda un capítulo tan lejano de su vida” (Pitol, 2011: 26). Cuba es, a fin de cuentas, el primer y el último país visitado por el autor, luego de salir, y antes de volver a México. La adolescencia aventurera y la vejez deteriorada. El principio y el fin del viaje de la vida.

Un enviado y un expulsado

Hay una diferencia sustantiva entre nuestros autores. Reinaldo Arenas se autografía como un hombre de mundo a resultas de su condición de exiliado; es casi, o tal vez, una secuela inconsciente de su devenir dramático. Sergio Pitol, en cambio, lo hace en el traje a medida de un auténtico diplomático y de un traductor profesional. Son situaciones casi opuestas entre el fugitivo del poder político y el emisario de este. Uno es un expulsado y el otro es un enviado.

Pitol es un diplomático, un *flâneur*; Arenas un perseguido que descubre la libertad civil a los cuarenta años. Por eso, el cosmopolitismo del primero es causal, inevitable; el del segundo es una consecuencia, un hallazgo tardío. Pitol atraviesa los aeropuertos levantando una credencial diplomática (acaso, la figura más inmune a cumplir con los requisitos en cualquier aduana, una suerte de ciudadano global de primera categoría con tarjeta dorada), en tanto que Arenas es un polizón sin papeles que no supo qué era un avión hasta bien avanzada la edad adulta. De hecho,

en su primer viaje al exterior, en barco, casi se muere de sed. Pitol fue un viajero trotamundos, un mexicano de todas partes, mientras que Arenas fue un escapado sin norte. El primero fue un aristócrata, el segundo un paria; dos versiones opuestas, acaso entrecruzadas, de un mismo esquema binario: enviado y expulsado.

Arenas se veía a sí mismo, de alguna manera, reflejado en una tradición que tiene como referente exclusivo a José Martí, símbolo de la emancipación cubana del siglo XIX y hombre clave del modernismo hispanoamericano. En el caso de Pitol, su referencia más eminente fue la de Alfonso Reyes, que en su misma línea se perfiló como un traductor y un diplomático, antena del mundo, cable de transmisión de la cultura grecolatina y europea en el México del siglo XX.

Con la experiencia del exilio o de la diplomacia, y sobre todo bajo el ala de Darío, de Martí, de Reyes, los escritores aludidos se inscriben irreductiblemente en una tradición de apertura a la cultura mundial-occidental, manifestada, en primera instancia, en el ejercicio de la literatura escrita y, *a fortiori*, en sus devenires políticos cuyo imaginario, a veces transfigurado, no es otro que ese borroso ideal, con afán universalista, de la democracia liberal moderna, representativa y republicana, con bases en el pluralismo surgido de la Reforma luterana, en la Revolución inglesa de 1688, en el desiderátum republicano de los Padres Fundadores norteamericanos, en la Ilustración francesa y anglo-escocesa, en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Asamblea de 1789, y en la ética deontológica de Kant basada en una moral racional autónoma y común a toda la naturaleza humana (una moral prescriptiva del deber ser), en suma, una *Weltanschauung*. Arenas y Pitol fueron dos ejemplos más de escritores hispanoamericanos modernos autorrepresentados en el *yo lírico-narrativo* de sus autobiografías, donde ambos se muestran como artistas del mundo, escritores sin arraigo local ni exaltaciones de identidad nacional. Esas construcciones parecen haber sido labradas, según sus relatos, en la experiencia cultural y política con la vida en las grandes ciudades donde vivieron (en el caso de Arenas, donde también murió). Fueron, no obstante, autores asociados a sus tierras: Cuba y México. E inscritos también a una lengua: el castellano. Uno más caribeño, el otro más tradicionalista. Y, sin embargo, en ellos predominaba ese *deseo de mundo*, pulsión de cosmos, esa posición abierta, ese modo de pensarse frente a los avatares de su época allende cualquier límite, el afán de ser parte de una familia mucho más grande. He ahí el *ethos* textual.

Arenas escribió en Cuba —al menos en su primera etapa— para publicar en España y Francia (luego en EE.UU.), mientras que Pitol escribió en la Europa del Este (Polonia, Checoslovaquia, Rusia) para finalmente publicar en México. Uno y otro provienen de lugares precarios de clases bajas, frágiles y de zonas periféricas: Veracruz y Holguín. Más tarde se volvieron hombres de grandes ciudades: Miami, Nueva York, Moscú, Londres, Praga, Varsovia, Barcelona. Y mudaron, a la par, en distintas circunstancias y por diferentes motivos, del campo a la ciudad. Por tanto, si se quiere, modernos.

Arenas fue un cubano cosmopolita, no un cosmopolita a secas. Pitol fue un mexicano cosmopolita, tampoco uno a secas. Los casos confirman que el universalismo no disuelve el particularismo. En Arenas, el cosmopolitismo parte de una apelación a la justicia internacional contra las violaciones a los derechos humanos en Cuba, y con su experiencia de escritor extranjero en Nueva York. En Pitol, es una construcción del lugar que debía ocupar el intelectual ideal, al modo en el que se erigió dicha figura durante su contemporaneidad en el caso de los escritores latinoamericanos como Vargas Llosa (peruano en Londres), Cortázar (argentino en París) u Octavio Paz (mexicano en Dehli), por poner algunos ejemplos. El cosmopolitismo de un escritor no es nunca el mundo *in toto*, es más bien un conjunto de lugares donde se observan las mismas

leyes laicas, se atienden los mismos valores y se siguen formas de vida compatibles: abiertas, tolerantes, aunadas en una suerte de *humana conditio* o sentido común, bajo el cielo del derecho positivo y principios compartidos de una conducta aceptada mayoritariamente. La relación cartográfica del escritor cosmopolita se ciñe a un mapa occidental que traza los senderos entre América y Europa y que a partir de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI suma guiños de amistad con los países orientales más occidentalizados, esto es, los que se subieron al tren del desarrollo: democracia representativa, economía de mercado, apertura a la inmigración y respeto por los derechos humanos.

El mundo de Arenas y Pitol (en su mayor margen de tiempo) es el de 1945-1989, esto es, el de la consumación de la unidad política europea con el multilateralismo como condición primordial de las relaciones entre estados. En ese marco secularizado los autores desplegaron en sus textos un *ethos* identificable, la marcha hacia una cultura amplia e integral (*deseo de mundo*), una manera, después de todo, susceptible de alojar en su seno la mayor cantidad de diferencias que una cultura puede tolerar a cubierto de una legislación compartida. En concreto, el intento de ser parte de una comunidad más próspera, de una casa más grande, de una hermandad más vasta: la de quienes defienden ciertas ideas básicas de convivencia y ponen en práctica códigos reglamentarios para el encuentro cultural y la experiencia del mestizaje. De esa comunidad, multiculturalmente rica de costumbres, obras e invenciones, formaron parte, o quisieron hacerlo, los dos narradores que han sido revisitados en este corpus, y así lo han dejado patente en sus respectivas obras autobiográficas.

Referencias bibliográficas

- ALBERDI, Juan Bautista, 2007, *El crimen de la guerra*, La Plata, Terramar.
- ANTÓN PACHECO, José Antonio, 2004, “El universalismo judeo-helenístico en Filón de Alejandría y Pablo de Tarso”, *Convivium*, 17, 167-179. Disponible en: <https://idus.us.es/items/80e7e4fe-a137-48f5-9dcd-875e5fbf28ac>.
- ARCINIEGAS, Hugo Armando (2023), “Revisión bibliográfica sobre *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas y sus reescrituras (1993-2022)”, *Lingüística y literatura*, no. 84, 252-277.
- ARENAS, Reinaldo, 2015, *Antes que anochezca*, Buenos Aires, Tusquets.
- ARENDT, Hanna y Gershom SCHOLEM, 2018, *Tradición y política. Correspondencia (1939-1964)*, Madrid, Trotta.
- , 1974, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.
- ARIAS ALBISU, Martín, 2021, “Kant y la teleología de la naturaleza: acerca de la intención de la naturaleza en Idea para una historia universal en intención cosmopolita y la garantía de la naturaleza en Hacia la paz perpetua”, *Nuevo itinerario. Revista de Filosofía*, 17.2, 127-158. Disponible en: <https://revistas.unne.edu.ar/index.php/nit/article/view/5717>.
- ARIÉS, Philippe y Georges DUBY, 2001, *Historia de la vida privada, tomo 3. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus.
- ÁVALOS TENORIO, Gerardo (2010), “Actualidad del concepto de Estado de Hegel”, *Argumentos*, vol. 23, no. 64, 9-33. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/595/59518491001.pdf>.
- BADIOU, Alan, 1999, *San Pablo. La fundación del universalismo*, Barcelona, Anthropos.
- BARBEIRA, Candelaria (2013), “Homosexualidad, literatura y disidencia: *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas”, *CELEHIS–Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, año 22, nro. 26, 141-158.
- BAUSO, Matías, 2021, “La revuelta de Stonewall, el Big Bang de la lucha por los derechos de la comunidad LGBTIQ+”, *Infobae*. Disponible en: <https://www.infobae.com/>

- historias/2021/06/28/la-revuelta-de-stonewall-el-big-bang-de-la-lucha-por-los-derechos-de-la-comunidad-lgbtq/.
- CASANOVA, Pascal, 2001, *La república mundial de las letras*, Barcelona, Anagrama.
- DERRIDA, Jacques, 2006, *La hospitalidad*, Buenos Aires, De la Flor.
- DÍAZ MARTÍNEZ, Luz Bibiana (2011), “*Antes que anochezca*, desde el modelo de análisis de estructura narrativa de Genette”, Universidad Eafit (Colombia). Disponible en: <https://repository.eafit.edu.co/server/api/core/bitstreams/d2298d7b-affa-4933-a090-df2b78e554e5/content>.
- FUKUYAMA, Francis, 1992, *El fin de la historia y el último hombre*, Buenos Aires, Planeta.
- GUILBAUT, Serge, 1990, *De cómo Nueva York robó la idea de Arte Moderno*, Barcelona, Mondadori.
- HADOT, Pierre, 2008, *Elogio de Sócrates*, Barcelona, Ediciones Paidós, Colección El arco de Ulises.
- HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Jorge, 2020, “¿Migración o exilio cubano en Estados Unidos? Notas para un debate”, *Latinoamérica. Revistas de estudios latinoamericanos*, 71, 11-35. Disponible en: <http://latinoamerica.unam.mx/index.php/latino/article/view/57269>.
- JUDT, Tony, 2012, *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus.
- LAERCIO, Diógenes, 2019, *Vida de los filósofos más ilustres*, Madrid, Luarna Ediciones.
- LEJEUNE, Philippe, 1995, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Víctor Hugo (2010), “Como si yo fuera otro”, *Andamios. Revista de Investigación Social*, vol. 7, no. 14, septiembre-diciembre, pp. 379-383.
- MONTALDO, Graciela (ed.), 2013, *Rubén Darío. Viajes de un cosmopolita extremo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- NIETZSCHE, Friedrich, 2013, *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza.
- NUSSBAUM, Martha, 2012, *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y ciudadanía mundial*, Buenos Aires, Paidós.
- PITOL, Sergio, 2011, *Una autobiografía soterrada*, Barcelona, Anagrama.
- RAWLS, John, 1995, *Liberalismo político*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- , 1971, *A Theory of Justice*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- RORTY, Richard, 1998, *Pragmatismo y política*, Barcelona, Paidós.
- SENNET, Richard, 2003, *El Respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*, Barcelona, Anagrama.
- SISKIND, Mariano, 2016, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- TORRES MARTÍNEZ, Noemí (2016), *Sergio Pitól: autobiografía, vida y escritura*, Universidad Nacional Autónoma de México, Tesis de maestría. Disponible en: <https://ru.dgb.unam.mx/items/eb713c15-739d-4c47-a615-d7330b1eebc1>.
- TUCÍDIDES, 1986, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Barcelona, Orbis.
- VILLEGAS MARTÍNEZ, Víctor Saúl (2024), “Orgullo y libertad frente al sistema heteronormativo: una representación del sujeto disidente en *Antes que anochezca* (1992) de Reinaldo Arenas”, *Anclajes*, vol. 28, no. 2, pp. 95-107. Disponible en: https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-46692024000200095.
- VILLORO RUIZ, Juan, 2022, “Sergio Pitól y Polonia: la magia de la traducción”, *Política, Globalidad y Ciudadanía*, vol. 8, núm. 15. Disponible en: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2395-84482022000100010.
- ZWEIG, Stefan, 2015, *El mundo de ayer*, Ciudad de México, Editores Mexicanos Unidos.